

1. Statement

Llegué a Can Serrat con la idea de terminar una novela. Ese era mi objetivo: escribir como un poseído. No dormir. Ni comer. No hacer otra cosa que escribir y escribir. Hasta desfallecer. Guiado por una lógica productiva más asociada a la explotación laboral que a la creatividad. “Al final del mes, debes tener tu novela”, me repetía con imposición dolorosa. Como si una parte mía fuera un jefe abusador y desalmado. Con ese deber llegué a la masía. Con la vertical tarea de una producción extenuante. Estaba ansioso y angustiado. Los primeros días le di duro al teclado en el escritorio que había en mi habitación. Aquella que tenía la puerta marcada con el nombre del gran Miró. Sin embargo, sentía que las palabras salían forzadas, como obligadas por un afán insano. Sin ritmo, ni vida. Emergían de mí, muertas. Sin el necesario proceso de maduración. Sin la necesaria fermentación. A la semana de estar en la residencia, ocurrieron los *racons*. Desde aquel momento todo cambió.

En los *racons*, al presentar mi proyecto pude conversar con varios de mis compañeros y compañeras en residencia. Me escucharon con atención y dialogaron conmigo. Recuerdo a Jaque e Ivette. A Lala y a Carlo. A Emma y a Tonya. Me dieron recomendaciones (libros, artículos y películas) que podían ayudarme con la construcción del universo de mi novela. Esa misma noche vi una de las películas recomendadas. Entendí que debía entrar en un estado más receptivo. Escuchar y sentir más que producir como un demente dos mil palabras al día. Luego de ver la película, revisité las imágenes digitales que había seleccionado para presentar mi *racon*. Con ellas intenté comunicarle a los demás acerca de la atmósfera de mi novela. Revisando las imágenes comprendí que había un personaje importante que no estaba en el libro que estaba escribiendo. Inicé entonces con la deconstrucción de la novela. Demolí varias de sus partes, reconstruí otras y aprendí a escuchar a los personajes. "Confía en tu historia, confía en tus personajes. Contar es escuchar..." me reveló Ursula K. Le Guin, en un libro que había comprado recientemente en Barcelona y que leí durante mi residencia.

Las charlas con Sophie y Sarah, la directora y coordinadora, también me ayudaron a entender acerca de la importancia de la autenticidad al momento de escribir. Acerca de sentirme bien con mi proceso creativo. Me di el tiempo para compartir con los demás. Para ir al monasterio con ellos, caminar por las montañas, cantar, jugar, cocinar juntos y conversar, sentados a la mesa, de muchos temas. Esas experiencias me liberaron de la insana lógica productiva y me enseñaron que una obra de arte merece tiempo, dedicación, recepción y mucha escucha. No afán, ni imposiciones. Porque esas urgencias acaban por estropear la novela en construcción. No la terminé como ingenuamente creía. Pero salí de la residencia con un mejor borrador. Con un texto deconstruido y el entendimiento -el bendito entendimiento- de cómo debo escribirla, atendiendo a su ritmo y personajes. En esas ando. En eso estoy ahora.

2. Título del proyecto:

El circo de la carpa negra

Capítulo 5

Mamá le llevó un jarrón con flores amarillas, le pinchó un dedo con una aguja y exprimió unas gotas de su sangre en el agua del jarrón. Mamá le dijo que la sangre de los niños era buena para las flores. Mamá le vendó el dedo y le pidió que saliera a jugar al patio, porque el hombre de la bicicleta estaba por llegar y cada vez que él entraba en la casa: tú, niño, debías salir de ella.

En el patio, el niño construyó una casa para perros. Le llevó poco tiempo clavar las tablas y diseñar la estructura, la cual hizo un poco más grande porque no tenían perro, ni iban a tenerlo. Al niño le encantaba meterse en esa casa y dirigir su propio circo. Solía cazar especies híbridas de sapos y culebras, saltamontes y escarabajos o algún pájaro de múltiples ojos que estuviera reposando en los árboles del solar de la casa. Mantenía a las presas dentro de frascos de vidrio hasta que llegaba el momento de la función. Los espectadores, que eran los muñecos que le había regalado mamá, le gritaban cuál debía ser el próximo número; en especial Ambarino, un robot con el tamaño de un bebé que apenas comienza a caminar. Un muñeco de pelo rojo, al que el niño había quemado varias veces en la cara para que se viera más amenazante.

En ocasiones, el niño soñaba con Ambarino. El muñeco le mostraba cuál era el siguiente número. Lo hacía sin preámbulos, aparecía con un taco de pólvora y una salamandra/tortuga azul en las manos, o cortando con unas tijeras el rabo de un gato/conejo. De esa manera el niño sabía cuál era el próximo show y preparaba todo. Se metía a la casa para perros y acomodaba los muñecos alrededor de un círculo que dibujaba en la tierra, rodeado con canicas de colores.

Por aquellos días, el niño capturó una avispa/arañacazadora y robó un polluelo a los vecinos. Los encerró en un frasco que solía contener aceitunas. Puso el frasco en el redondel de las canicas de colores. La araña/avispa intentó cazar al pollo y el polluelo, con su pico inofensivo, intentó dar cuenta del artrópodo/himenóptero. Pasaron los días y ambos murieron; pasados más días, ambos formaron una masa blancuzca que se esparció por las paredes de vidrio, como la explosión de una bomba nuclear. Una bomba nuclear que el niño estalló contra la bicicleta del hombre que visitaba a mamá.

La mayoría de las especies habían sido exterminadas durante la Larga Guerra. Los animales que vivían en bosques, páramos, selvas y desiertos habían perecido a causa de las mega ondas explosivas de las bombas y sus posteriores radiaciones, los gases venenosos, las armas químicas y los virus liberados en la atmósfera durante la conflagración mundial. Solo los animales domésticos, algunas especies de insectos, pájaros, mamíferos, reptiles, anfibios y peces lograron sobrevivir, al igual que los humanos, huyendo de la superficie del planeta. Se escondieron en cuevas, cenotes y en hondos agujeros en la tierra. Se escondieron en los abismos del océano. En los lechos de los ríos más profundos.

Los insectos, a causa de las radiaciones, los agentes químicos y los virus, mutaron. Se fusionaron entre ellos. Algunos lo hicieron con anfibios, así como algunos de estos se combinaron con reptiles y peces. Unas especies híbridas que mezclaron sus árboles filogenéticos. Ranas con tres ojos y largos cuerpos de serpiente. Saltamontes con corazas de

escarabajo y vientres de abeja. Moscardones con alas de polilla nocturna y espiritrompas de mariposa. Caimanes con branquias y escamas de peces. Bagres con cabeza y musculatura de anacondas. Un muestrario infinito de especies cruzadas que mantenían ocupadas a las oficinas encargadas de las clasificaciones taxonómicas de la nueva naturaleza. Las aves, primates y mamíferos no se combinaron entre ellos, pero varias especies sufrieron mutaciones y alteraciones genéticas como consecuencia de la guerra. De ahí que fuera común encontrar pájaros con cuatro alas, múltiples ojos y tres patas. O cerdos con cornamentas altas, como arbustos entreverados, de astas afiladas. O perros sin orejas, ni colmillos, con la dentadura de un mono aullador. U hombres, mujeres y seres no binarios con orejas en el cuello, ojos en el pecho, seis y siete dedos en las extremidades o tetillas en las palmas de las manos.

Tras varios años de vivir en el subsuelo, la humanidad regresó a la superficie y después de restablecerse en la tierra, el NOM inició con la producción en masa de animales. Esta tarea fue realizada por los laboratorios de genética y robótica, de las distintas corporaciones del Ministerio de Ciencia y Tecnología. Se crearon animales androides con Inteligencia Artificial, animales biológicos clonados a partir de bancos de ADN, salvaguardados durante la Larga Guerra, y cíborg animales, compuestos de material orgánico y robótico. Animales con fisionomías perfectas sin alteraciones de ninguna clase. Esto dio pie para que se planeara, y posteriormente iniciara, la producción de la especie humana.

Para la mayoría de los niños nacidos en la posguerra no había diferencia entre los animales androides con inteligencia artificial, los animales de origen biológico y los cíborg animales. Las tres clases eran tratadas sin ninguna empatía y con la indiferencia de un objeto. Ya no se trataba de animales sintientes. Se trataba de productos posthumanos para el consumo y la recreación. Esta tendencia cultural sirvió para que se revivieran la caza deportiva de mamíferos como leones, búfalos, elefantes y rinocerontes; la caza de ballenas y el toreo, prácticas que habían sido prohibidas a nivel global durante el siglo XXI.

Con la proliferación de los animales clonados y robóticos no hubo restricción para el sadismo y la barbarie. Los organizadores de los espectáculos los mezclaban sin distinción. Las personas no lo notaban, ni les importaba, porque los androides y los biológicos eran muy parecidos. Tenían piel, músculos, ojos, órganos y huesos. Esto les garantizaba su divertimento, su bendito entretenimiento, cuando sus balas, cuchillos o granadas alcanzaban a las especies en fuga.

El niño cortó con unas tijeras un sapo ofidio por la mitad y lo cosió con aguja e hilo rojo. Al número lo bautizó *Sapo ofidio remendado*. Dejó al híbrido en el centro del círculo junto a un saltamontes sin alas, ni armadura de coleóptero. Los muñecos aplaudieron y animaron al sapo ofidio a que se comiera al saltamontes escarabajo, pero no ocurrió. El sapo ofidio murió y el niño liberó a las hormigas en el redondel. El número de *Sapo ofidio remendado* cambió de nombre por el de *Las hormigas devoradoras parte 100*. Las hormigas nunca fallaban, pero ya lo habían hecho tantas veces que los muñecos y el niño, aburridos, abandonaron la casa para perros y se fueron para la habitación.

En la cama del niño les gustaba leer. El niño leía en voz alta para que los muñecos se divirtieran. A veces se asustaban tanto que tapaban sus orejas con sus manitas de plástico.

Ambarino no se asustaba, le encantaban los cuentos de terror y animaba al niño a seguir leyendo. Les encantaban los vampiros sangrientos, los monstruos venidos del espacio exterior y los hombres que perdían la razón de un momento a otro.

Mamá lo llamó a comer y el niño se entristeció porque tenía que compartir la mesa con el hombre de la bicicleta. Mamá y el hombre sonreían. El niño, no. Se limitó a masticar y a observarlos.

—Hey niño, ¿tú nunca hablas?

—Se llama Augusto, ¿no te vas a aprender el nombre de mi hijo?

—Bueno, Augusto, ¿no hablas?

El niño los miró, sin decir nada.

—Augusto, contéstale a Jorge, ¿sí sabías que va a vivir con nosotros?

—No me llamo Augusto, me llamo Tyranus, el gran Tyranus —y cortó con el cuchillo una papa bañada en mayonesa.

—Tu hijo está chiflado —dijo el hombre de la bicicleta.

—Es sólo un niño —dijo mamá— el asunto es que Jorge vivirá con nosotros. Mira, Augustico

—mamá se levantó de la mesa, fue hasta la cocina y trajo una jaula con un horrible pájaro adentro—. Mira lo que nos trajo Jorge, es bonita ¿verdad?, una linda lorita para que le enseñemos a hablar, ¿me vas a ayudar Augusto?

—No soy Augusto, soy Tyranus.

— ¿Vas a ayudar a tu mamá o no? Mocosito malcriado.

—Déjalo Jorge, ya le irá cogiendo cariño a la lorita —y mamá dejó la jaula sobre la mesa del comedor, y el horrible pájaro verde miró al niño con sus cinco ojos negros.

Mamá y el hombre de la bicicleta brindaron con jugo de mora. Se besaron con los labios manchados de rojo. El niño se levantó del comedor y fue a la habitación. Llevó el jarrón con las flores amarillas y lo puso junto a los muñecos, arrastró una silla hasta el armario y del cajón superior sacó el único regalo que su papá le hizo: un circo en miniatura.

Papá era un vendedor de artículos para el hogar. Pasó por el pueblo, se enredó con mamá, manteniendo un romance de planchas y licuadoras que funcionaban con energía solar, escobas y traperos electrónicos, freidoras de aire y filtros de agua, antes de que él se marchara. Según mamá, papá le prometió que volvería por ella luego de vender muchos electrodomésticos, ahorrar dinero y contar con una base sólida para formar un hogar.

El niño nació y papá no regresó. Siete años después, cuando el niño empezó a preguntar por él, mamá escribió varios mensajes a la cuenta de correos electrónicos de la empresa de electrodomésticos. Entonces papá volvió al pueblo y le trajo al niño el circo de cuerda. Mamá lo vistió con un pantaloncito de cuadros y tirantas, lo peinó de medio lado y lo dejó solo en las escaleras de la entrada de la casa. Sentado allí, el niño vio que una vieja camioneta eléctrica se detenía al frente. Vio a un hombre muy viejo bajarse de ella, peinar su pelo blanco con una peineta azul, acurrucarse, mirarlo con ojos sorprendidos y decir mientras abría los brazos:

—Hijo mío.

El niño tenía siete años y sintió un fastidio enorme por papá. El anciano, al ver que el niño no

se movía de las escaleras, suspiró, hizo mala cara, se puso de pie, fue hasta la camioneta eléctrica, movió un par de aspiradoras y sacó un pequeño objeto cubierto por tela roja. Caminó hasta las escaleras y le alcanzó el juguete.

—Es para ti, Augusto.

El niño tomó el pequeño circo con las manos. Descorrió la carpa roja y dio cuerda a los payasos de alambre y perros de algodón.

Papá le acarició la cabeza:

—Augusto, la vida es como un circo, como ese circo que tienes en tus manos... ¿Ves? No somos nada más que payasos, ilusionistas, acróbatas, ¿me entiendes? La vida es una larga función en la que nos presentamos todos los días. Mi función es la de ser un vendedor que recorre el mundo y yo debo seguir en ella, no puedo quedarme aquí. Cada uno de nosotros tiene un papel que interpretar. Así que tú en el tuyo y yo en el mío—Y le revolvió el pelo una vez más, antes de caminar hasta la camioneta eléctrica, encenderla e irse.

El niño no volvió a ver a papá, pero lo imaginaba en su vieja camioneta recorriendo el continente, llevando a cada pueblo aspiradoras, planchas, licuadoras, freidoras, cámaras y teléfonos. Renovando sus pasiones con cualquier mujer que estuviera dispuesta a ello. El niño pensaba a menudo en lo que papá le había dicho acerca de que la vida era un circo. Cada vez hallaba más razón en ello. En los circos, además de payasos, ilusionistas y acróbatas, había tragasables, fieras salvajes que mataban a los domadores en una mala tarde, motociclistas que se jugaban la vida en la bola de la muerte. El niño pensó entonces que su mamá era como una de esas mujeres barbudas que solo podían pensar en su propia barba. El hombre de la bicicleta era como uno de esos payasos flacos a los que siempre maltrataban en las funciones. Un payaso al que nadie respetaba. Y el niño era como una de esas fieras androides que le arranca la yugular a sus domadores y se embriaga con su sangre una noche tras bambalinas. Una fiera que duerme satisfecha con el sabor de la carne fresca de la mujer barbuda y el payaso pusilánime.

Mamá apareció en la puerta de la habitación del niño. Llevaba la falda desarreglada y solamente el sostén negro le cubría el pecho.

—Augusto, en la mesa quedaron los platos de la comida. No te duermas sin ponerlos en la máquina lavavajillas —el hombre de la bicicleta arrastró de la cintura a mamá —y por favor... no nos molestes.

El niño cerró la puerta con rabia. Descabezó las flores amarillas y trituró sus pétalos con las manos. Se sentó frente al circo en miniatura. Le dio cuerda e imaginó el próximo espectáculo en la casa para perros. Pensó en su nombre y lo dijo en voz alta: *El horrible pájaro verde que perdió sus alas.*

Los muñecos aplaudieron emocionados.

—Será un buen espectáculo Tyranus, una bella y terrible función —sonrió Ambarino con sus labios quemados.

— Después del acto del horrible pájaro ejecutaremos uno aún más espectacular...

— Y ¿cómo se llamará? —preguntó, Ambarino.

— *La madre que duerme para siempre en los pechos de su difunto amante.*

Y los muñecos se alborotaron, saltaron sobre la cama y formaron una danza de círculos sobre el suelo de la habitación.
